

La ética, el psicoanálisis y la pedagogía

DR. ROLANDO HUGO KAROTLY

Lo que es propiamente eficaz en la influencia de una persona sobre otra pertenece al registro de su inconciente respectivo. En la relación pedagógica, el inconciente del educador se comprueba que tiene un peso más grande que todas sus intenciones conscientes.

Catherine Millot: Freud antipedagogo

Para abordar el tema de la ética en relación al psicoanálisis y la pedagogía es necesario partir de una pregunta inicial o inaugural: ¿Cuál es la originalidad que el psicoanálisis plantea en una relación diferencial con las disciplinas que se han ocupado del sufrimiento humano y, en particular, del síntoma?.

Para decir lo mismo de otro modo y con una pregunta equivalente: ¿El psicoanálisis introduce algo nuevo, inédito, en la historia del pensamiento humano o es simplemente una disciplina que agrega y profundiza datos y referencias ya sabidos anteriormente aunque de un manera esbozada? ¿Existe una ruptura entre el psicoanálisis y el resto de las disciplinas que abordan o abordaron el problema del síntoma o bien existe entre ellas una continuidad?

En el caso de responder que, efectivamente, el psicoanálisis plantea una concepción inédita en la historia del pensamiento humano, se trataría, a partir de esa afirmación, de saber cuáles son los fundamentos de esa teoría y qué consecuencias tiene en las prácticas relativas a la cura. Responder de modo positivo a los interrogantes planteados exige, en fin, precisar en que consiste esa novedad u originalidad del psicoanálisis.

En una primera aproximación resulta claro afirmar que esa novedad no podría consistir en el descubrimiento de la sexualidad en los niños, es decir, esa mentada ampliación de la sexualidad tanto en extensión como en comprensión, pues alcanza con leer algunos textos literarios clásicos para darse cuenta rápidamente que ya estaba ahí, intuía, la idea de una sexualidad infantil. En

el mejor de los casos, desde esta perspectiva, el psicoanálisis sólo habría desarrollado en una forma rigurosa lo que ya estaba planteado intuitivamente con anterioridad.

¿No sería mejor pensar que ese desarrollo riguroso consiste en desplegar una verdadera novedad y que, a la vez, esa novedad misma es lo que posibilita inventar un lazo social inédito, el correspondiente al dispositivo analítico?

Por supuesto, es necesario afirmar que la utilización de la palabra «originalidad» no implica sostener una absoluta independencia de la historia sino que más bien, inversamente, el psicoanálisis está incluido en esa historia y, en particular, en la historia del pensamiento filosófico y científico aunque eso no significa que se lo pueda pensar como una concepción del mundo, una filosofía o una ciencia. Pero este es otro tema que exigiría un desarrollo especial.

Tampoco es relevante afirmar que el psicoanálisis sostiene la existencia del inconciente si éste se entiende como el reservorio de ideas desagradables para la conciencia. Y esto es así por una razón muy sencilla: ese modo de entender el inconciente es prefreudiano. No es por casualidad que Freud se oponía al uso del término *subconciente* y a las concepciones que antes de él se habían desplegado como, por ejemplo, en el libro *Philosophie des Unbewussten (Filosofía del inconciente)* de Eduard von Hartmann (1842-1906), que el creador del psicoanálisis cita a propósito de un acto fallido en la *Psicopatología de la vida cotidiana*.¹

Dos tesis freudianas: el inconciente y la pulsión

El *un* del *Unbewusste* (inconciente) freudiano no señala aquello que carece del atributo de conciencia sino lo irreductible a la conciencia, lo radicalmente diferente sostenido en otra lógica, esa que Freud llamó el proceso primario.

Crear, en cambio, que el inconciente es lo que carece simplemente del atributo de la conciencia es reintegrar el descubrimiento freudiano en la psicología del siglo XIX, maniobra que tiene como consecuencia el borramiento de la eficacia subversiva del pensamiento del maestro vienés..

Lo inconciente no es, entonces, lo que carece del atributo de la conciencia:

ya que eso es lo que Freud, a diferencia del inconciente propiamente dicho, llama con el nombre de preconciente, es decir, lo que es capaz de hacerse conciente. Lo inconciente propiamente dicho (o sistemático) es irreductible a la conciencia.

Se nota, entonces, que la frase freudiana que propone «hacer conciente lo inconciente» como una finalidad del análisis, no podría entenderse como un «vaciado» del inconciente con la suposición de hacer del sujeto, al fin del tratamiento, un sujeto integrado, no escindido, ideal narcisista que circula a contramano del espíritu freudiano que consiste, entre otras cosas, en conmovier esos ideales que sólo sirven para sostener la represión (tal como Freud lo señaló claramente en *Introducción del narcisismo*).⁴

Hemos llegado así, más o menos rápidamente, al primer aspecto fundamental del descubrimiento freudiano: lo inconciente es correlativo a la estructura del lenguaje y, en este sentido, es conocida la afirmación de Lacan según la cual «lo inconciente es/está estructurado como un lenguaje».

Los tres textos capitales sobre lo que podría llamarse el «significante freudiano» - *Die Traumdeutung*, *El chiste y su relación con el inconciente* y la *Psicopatología de la vida cotidiana* -, permiten pensar el sentido de esa tesis: la existencia del inconciente significa que cuando hablamos no sabemos lo que decimos.

Este decir que sobrepasa nuestra intencionalidad conciente sólo se puede leer como una enunciación siempre velada, único modo de aparición del inconciente. Este único modo de aparición del inconciente es a través del velo, de la *Entstellung*, transposición, sostenida en las dos operaciones de desplazamiento y condensación.

Recordemos algunos chistes freudianos. Un ciego le dice a un paralítico - «¿Cómo andás?» y el paralítico le responde: - «Ya lo ves».

Otro chiste: un sujeto empobrecido le pide a un conocido suyo un poco de dinero. Poco después, éste último lo encuentra en un restaurant comiendo salmón con mayonesa y entonces le pregunta: Pero, cómo! ¿no tenés plata y ahora comés salmón con mayonesa? - Pero, contesta el pedigueño, si *cuando* no tengo plata no puedo comer salmón con mayonesa y *cuando* tengo plata tampoco puedo comer salmón con mayonesa, entonces, ¿*cuándo* voy a comer salmón con mayonesa?.

Tanto en el primer chiste como en el segundo se trata de la posibilidad de producir el efecto de la risa derivada del juego de equívocidad del lenguaje que corresponde a su esencia misma. «*Andar*» es tanto ir o moverse como una expresión relativa a un modo de estar en la vida y «*ver*», a su vez, es tanto la referencia a la visión derivada del órgano correspondiente como «darse cuenta». En el segundo chiste se trata del aprovechamiento del término «*cuando*» usado como condicional al principio («si *cuando* no tengo plata...») y como adverbio temporal después (...entonces, *¿cuándo* voy a comer salmón con mayonesa?), lo que posibilita un chiste que Freud, muy sagazmente, denomina *sofístico*.³

Estos chistes requieren un estudio minucioso en base a la complejidad de sus mecanismos pero lo expuesto alcanza para percibir que el equívoco, el malentendido, la ambigüedad posibilitan escuchar un decir alusivo implicado entre las líneas de un dicho.

A modo de síntesis, podemos decir que lo inconciente es esa tesis según la cual cuando hablamos no sabemos lo que decimos ya que hay un decir que nos excede y nos representa a la vez, mientras que su localización remite a la superficie discursiva pero, como sus derivados o formaciones adoptan la forma del grito, habitualmente ensordecen y ello dificulta la escucha de eso que aflora por todos los poros del ser.

De todos modos, la tesis de la existencia de lo inconciente como lo irreductible a la conciencia y con una lógica propia, que Freud procesó en los tres textos canónicos mencionados y en la *Metapsicología*, no debe hacernos creer que de esa manera ya agotamos lo esencial del descubrimiento freudiano.

Veamos, entonces, un segundo aspecto del psicoanálisis freudiano.

Es necesario decir ahora que la tesis que sostiene la existencia de lo inconciente no es la más revulsiva del pensamiento del maestro vienés. Lo más revulsivo consiste en otra tesis, la que sostiene la contingencia del objeto de la pulsión sexual, tesis que ha sido enunciada en los *Tres ensayos* y luego ha sido insistentemente reiterada y sostenida en toda la obra. En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915) el objeto se define como lo más variable de la pulsión, el medio a través del cual se obtiene la satisfacción pero ésta, la *Befriedigung*, es en realidad un espejismo si se supone que consiste en el apaciguamiento pulsional ya que la pulsión, por su estructura misma, es una fuerza constante (*konstante*

Kraft). La satisfacción o goce pulsional es lo que surge del circuito mismo de la pulsión, circuito que bordea la carencia que define el lugar del objeto y de esa manera, con esta base, es fundamental sostener que la pulsión sexual no es una suerte de tiro al blanco o un modo de caza cuyo objetivo es atrapar a la presa. Se sabe que el ser humano ama más la caza que la presa e incluso puede organizar la caza más excitante, la de la presa imposible, la piedra filosofal, el saber absoluto, la dama del amor cortés.⁴

La tesis más revulsiva, decíamos, está referida a esta carencia inherente a la estructura de la pulsión sexual, la cual determina que cualquier objeto que se recorta como objeto del deseo sea un señuelo que inevitablemente producirá lo que Freud denominaba la distancia entre el placer esperado y el placer encontrado: el placer encontrado nunca coincide con el placer esperado, fórmula que Lacan retoma con la expresión «no es eso».

Llegamos así a un enunciado ético fundamental en la teoría freudiana: la distancia entre el placer esperado y el placer encontrado implica una tensión sostenida que llamamos deseo y este deseo es indestructible (término freudiano de la última frase de *Die Traumdeutung*) ya que en la naturaleza misma de la pulsión sexual se encuentra una incompatibilidad entre ella y la plena satisfacción. Esta plena satisfacción no existe ya que supondría la adecuación de un objeto para un sujeto autónomo.

El psicoanálisis cuestiona la categoría de sujeto autónomo (y esto ya lo relacionamos de algún modo en lo que llamamos el primer aspecto del descubrimiento, es decir, la tesis de la existencia del inconciente) y también cuestiona la categoría de objeto adecuado para la satisfacción..

«Ser psicoanalista es, sencillamente, abrir los ojos ante lo evidencia de que nada es más disparatado que la realidad humana. Si creen tener un yo bien adaptado, razonable, que sabe navegar, reconocer lo que debe y lo que no debe hacer, tener en cuenta las realidades, sólo queda apartarlos de aquí», afirma Lacan en el *Seminario III: Las psicosis*. Lacan sigue sus reflexiones de esta manera: «El psicoanálisis, coincide al respecto con la experiencia común, muestra que no hay nada más necio que un destino humano, o sea, que siempre somos embarcados. Aún cuando tenemos éxito en algo que hacemos, precisamente no es eso lo que queríamos».⁵

La vida es algo que va como a la deriva. «La vida va por el río tocando

de vez en cuando la ribera, parándose un rato aquí y allí sin comprender nada; y el principio del análisis es que nadie comprende nada de lo que ocurre. La idea de la unidad unificadora de la condición humana me ha producido siempre el efecto de una mentira escandalosa».⁶

Es justamente esta inadecuación, esta contingencia, esta carencia inherente al lugar vacío del objeto sexual lo que sostiene el deseo, lo causa y lo posibilita como eterno e indestructible.

Este es el precio que el ser hablante paga por su entrada en el lenguaje, no sólo su escisión (*Spaltung*) subjetiva sino también su inadecuación a un objeto cualquiera que lo destina siempre a una insatisfacción o, si lo decimos paradójicamente, a una satisfacción insatisfactoria, a una satisfacción que arrastra inexorablemente un coeficiente de insatisfacción. Basta leer el famoso sueño de la «hermosa carnicera» a la luz de *Más allá del principio del placer* para percibir un núcleo duro de la teoría de Freud.

Esta inadecuación, esta distancia entre el placer esperado y el placer encontrado es un enunciado ético esencial para la práctica psicoanalítica ya que cuestiona cualquier moral sostenida en los ideales de una época para referirse, al contrario, a lo real de la carencia en ser que el dispositivo del análisis permite cernir o bordear.

La ética del psicoanálisis

La tesis principal del *Seminario VII: La Ética del psicoanálisis* consiste en plantear que el psicoanálisis implica una ruptura de los valores morales tradicionales que siempre se han apoyado en ideales. Estos ideales son fundamentalmente tres: el amor maduro (que invadió al psicoanálisis con la tesis abrahámica de la genitalidad madura y el amor al supuesto objeto «total»), la autenticidad y la no dependencia.⁷

Se percibe entonces la distancia que nos separa de la ética tradicional, en particular la de Aristóteles. La ética aristotélica es la ética del amo antiguo: la parte superior del alma debe dominar a las pasiones ya que sólo puede ser un amo en la *polis* aquél que no es esclavo de sí mismo. No es casual que esta forma de pensar la ética derive en una política sostenida en el discurso del amo y que suponga una pedagogía que sólo hace entrar al deseo en tanto domesticado por

ella. Según Aristóteles el dominio del deseo aseguraría el bienestar y el bien supremo (la felicidad).⁸

En 1975, en Ginebra, Lacan dijo: «La política descansa sobre el hecho de que todo el mundo está muy contento de tener alguien que dice *«de frente march»* hacia cualquier lado...». ⁹ Evidentemente, Freud parte de otra fundamentación pues su punto de partida es el reconocimiento de la carencia estructural del ser hablante que no permite postular la política del amo sino, por el contrario, la política del síntoma: para ese encuentro del objeto, encuentro fortuito, azaroso, no hay nada previamente preparado, ni plan adaptativo posible. Hay una ética del psicoanálisis que es el borramiento de todo lo que pertenece al campo del hábito: es que en el intento de «atrapar» un objeto supuestamente satisfactorio, el «logro» se revela también como fracaso, «no es eso», no hay plena satisfacción.

Esta insatisfacción es lo que Freud supo escuchar en el discurso de sus primeras históricas. La queja histórica está en el origen del psicoanálisis ya que ella implica el «no es eso»; su deseo se sostiene en la insatisfacción mostrando así la esencia misma del deseo y el hecho mismo de que la insatisfacción es un modo de goce.

En 1915, durante la Primera Guerra Mundial, Freud escribió su texto *Reflexiones sobre la guerra y la muerte* donde afirma que el hombre de la cultura es un hipócrita y esta hipocresía se revela sobre todo en la actitud de nuestros contemporáneos frente a la muerte ya que a ella se la aparta y se la condena al silencio. «La vida se empobrece, pierde interés, cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no puede arriesgarse»: es así como Freud critica la ideología de la autoconservación, de la vida vivida sólo para no morir. «El hombre de la civilización contemporánea es el que renuncia a su deseo en función de su comodidad: a este hombre convencional, «verdadero burócrata de la vida», Freud le aporta la divisa hanseática: «*Navigare necesse est, vivere non necesse est*» («Navegar es necesario, vivir no lo es»).¹⁰

Vamos percibiendo así no sólo la distancia de la ética freudiana con la posición de Aristóteles sino también con la posición de Kant.

El giro que Kant determinó en la ética tradicional consistió, en uno de sus aspectos esenciales, en la separación efectuada entre el Bien y el bienestar. Si el hombre es, según Kant, sensibilidad y razón, el objeto del deseo no puede ser

un imperativo moral ya que sólo puede dar lugar a máximas subjetivas (lo que es objeto de bienestar para unos puede no serlo para otros y así no pueden fundar la universalidad de la ley ética).

La ley formal kantiana, vaciada de los objetos de la sensibilidad («objetos patológicos» de Kant), es un imperativo categórico que no tiene un fin sino que implica la conformidad de la acción con la ley (aunque esa conformidad nunca sea alcanzada en forma completa). Como la ley nunca es satisfecha, en ese punto la tesis kantiana permite relacionarla con el concepto freudiano de superyó como ley insaciable, obscena y feroz.

En el texto de Hannah Arendt llamado *Eichmann en Jerusalem*, la autora se interroga sobre la ética de Eichmann: «Eichmann actuaba en todo lo que él hacía, como un ciudadano que respetaba la ley. El hacía su deber... El obedecía a las órdenes pero también a la ley».

En el curso del interrogatorio de la policía, Eichmann declaró que él había vivido toda su vida según los preceptos morales de Kant y particularmente según la definición que da Kant del deber.

El juez Raveh, intrigado e indignado de que Eichmann osaba mencionar el nombre de Kant en el contexto de sus crímenes, decidió interrogar al acusado. Para el estupor general, Eichmann produjo una definición aproximada, pero correcta, del imperativo categórico: «Yo quería decir, a propósito de Kant, que el principio de mi voluntad debe ser siempre tal que pueda devenir el principio de leyes generales (...)». Interrogado más ampliamente, Eichmann agregó que había leído la *Crítica de la Razón práctica*.¹¹

¿Esta adaptación conserva algo de Kant?, se pregunta la autora mencionada. Si: la idea de que el hombre debe no sólo obedecer a la ley sino que él debe «identificar su propia voluntad al principio de la ley, a la fuente de toda ley».

La contracara de Kant, y al mismo tiempo la enunciación de su verdad, es el marqués de Sade: en ambos se trata del respeto a la ley (la ley de la moralidad en Kant y la ley de la inmoralidad en Sade). Sade acostumbraba referirse a la necesidad de actuar en forma apática, sin compasiones debilitantes, en conformidad con el «Ser supremo en maldad», todo lo cual le permitió al marqués decir esta siniestra frase: «Yo no soy inmoral por sentimiento sino por sistema».

En el psicoanálisis, en cambio, no hay posibilidad en materia ética de

enunciar una máxima universal. Es necesario aclarar en este sentido que el psicoanálisis tiene una ética pero no es una ética, lo cual es coherente con el argumento freudiano según el cual el psicoanálisis no es una *Weltanschauung* (concepción del mundo).

La ética analítica es una ética relativa al *decir discursivo*. Lacan afirma también que es una ética del bien-decir, lo que no es lo mismo que el decir sobre el bien. El psicoanálisis no se propone como un Bien universal. La práctica cotidiana lo muestra: sólo puede entrar en el dispositivo analítico aquel que hace del síntoma no sólo una queja y un motivo de sufrimiento sino también un enigma que apele a un saber del otro (Sujeto supuesto al Saber).

El psicoanálisis consiste en cierta confianza en el blá-blá-blá de la asociación libre ya que esa «palabra vacía» es la partera de las imposibilidades de la estructura. El psicoanálisis plantea entonces que en el dispositivo clínico debe lograrse una caída de ese lugar de garantía supuesta en el Otro (Ideal que indicaría y recortaría los objetos señuelos del deseo).

Giro fundamental, entonces, respecto al discurso del amo, el psicoanálisis sostiene su ética relativa al deseo y al goce y, por lo tanto, al lugar de carencia. Restos, trozos de real que el psicoanálisis sólo pretende cernir, bordear, nunca capturar ni forcluir. La pretensión universalista del falicismo, típica del discurso del amo, es evidente en las épocas actuales donde el avance creciente del sistema capitalista amenaza con forcluir esa verdad que, a veces, la histórica puede llegar a encarnar llegando hasta el límite del sacrificio. No es casual que esa misma lógica universalista y totalizante sostenga en nuestra época la posibilitación devastadora y siniestra del campo de concentración.

Resulta tremendamente cierto, como dijo lúcidamente Borges, que la línea recta puede ser el más atroz de los laberintos y, si hablamos de rodeos, después de estas vueltas en torno a la ética estamos en condiciones de preguntarnos por la posible relación entre el psicoanálisis y la pedagogía.

¿Cuál es la relación entre el psicoanálisis y la pedagogía?

En primer lugar es necesario señalar que tanto el psicoanálisis como la política y la educación son, para Freud, profesiones imposibles. Esta última expresión significa que las tres profesiones encuentran un límite para su acción

debido al hecho de que el inconciente no se somete sino que, por el contrario, es él quien nos domina y esto es así porque, en los tres casos, se trata del poder de la palabra y su acción sobre otro sujeto y, entonces, si hablamos de la palabra nos referimos inevitablemente a la dimensión inconciente.

En 1921, Vera Schmidt organiza, en Moscú, Jardines de infantes con principios educativos que pretendían basarse en el psicoanálisis: ausencia de prohibiciones y una actitud liberal en el trato con los niños. Poco después de la primera guerra mundial se organiza en Viena el *Kinderheim Baumgarten* para niños sin hogar y posteriormente, en 1937, Edith Jackson funda, también en Viena, una casa cuna experimental.

¿Cómo ha incidido el psicoanálisis en las prácticas educativas?

En primer lugar, hay que señalar que su influjo se produjo sobre todo en los niños pequeños, de edad preescolar donde determinó que la alimentación fuera menos rígida, menores los castigos hacia la masturbación y los juegos sexuales así como una insistencia menos compulsiva en la limpieza y el control de los esfínteres. De todas maneras, la existencia de las teorías sexuales infantiles y la inmanencia del conflicto en un aparato psíquico ineducable porque se constituye escindido, fueron los motivos para producir el fracaso de una pretendida acción preventiva de la información sexual.

En segundo lugar el psicoanálisis influyó en la «reeducación» de delinquentes jóvenes y de niños con trastornos psíquicos. En esta línea es de destacar el trabajo pionero de August Aichhorn (1878-1949), cuya obra *Verwahrloste Jugend (Juventud desahuciada)* de 1925 tiene un prólogo de Freud, donde sostiene que el educador sólo puede ejercer una influencia educativa si previamente se ha desarrollado en relación a él una transferencia positiva. En realidad este autor no propone ninguna novedad fundamental salvo el hecho de fundamentar con algunas categorías psicoanalíticas aquello que un buen educador despliega intuitivamente, es decir, sin una conceptualización. «Estos métodos educativos no se distinguen de aquellos de un educador ignorante del psicoanálisis pero dotado de una buena intuición», dice Catherine Millot. Esta argumentación se basa en las mismas ideas sostenidas por Freud en el prólogo a la obra de Aichhorn: «Su conducta hacia las criaturas bajo curatela brotaba de una cálida simpatía por estos desdichados y su compenetración empática, intuitiva, con sus necesidades anímicas lo guiaba por el camino correcto. El

psicoanálisis podía enseñarle muy poco de nuevo en la práctica, pero le aportó la clara intelección teórica de lo justificado de su obrar, permitiéndole fundamentarlo ante los demás». ¹²

En tercer lugar es necesario destacar que en relación a la pedagogía de los niños en edad escolar la incidencia del psicoanálisis ha sido relativa. Los pedagogos han insistido en la elaboración de diversos métodos que posibiliten la estimulación del deseo de aprender del niño pero esa posición encuentra su límite cuando reconocemos la existencia de fuentes libidinales en el denominado deseo de saber así como la incidencia de la limitación que la represión produce sobre los intereses intelectuales. «Cuando el niño llega a la escuela lo esencial ya está jugado en lo que concierne a sus capacidades de sublimación. Esto es sin duda lo que explica el desinterés de los pedagogos que se consagran al problema de la enseñanza por el psicoanálisis cuyas conclusiones invalidan sus esfuerzos. En efecto se podría decir que, desde un punto de vista analítico, los métodos de transmisión de conocimiento importan poco en relación al deseo de aprender del niño». ¹³

A. S. Neill en su libro *Libres Enfants de Summerhill* postuló la importancia del desarrollo espontáneo de la sagacidad infantil y un funcionamiento institucional democrático donde los niños mismos fijaban las reglas de convivencia, hecho que posibilitaba el mantenimiento de un principio educativo esencial derivado de la elección de ciertas reglas de la vida en común que determinan, a su vez, la introducción del sujeto infantil en el orden simbólico y en el universo de la ley. En este sentido es pertinente la consideración efectuada por Catherine Millot: el aprendizaje por parte del niño de la importancia de la palabra dada y del respeto al semejante y a la ley es más difícil que la adquisición de un saber académico y la dócil aceptación de la rutina escolar.

La pedagogía de Neill debe poco a la teoría psicoanalítica, lo cual no impide considerarlo un excelente educador porque su influencia es debida a lo que podríamos llamar el resorte esencial de toda actividad pedagógica: «las exigencias de socialización que él logró imponer gracias a la identificación que él suscita... « mientras que su enorme valor como pedagogo «reside en esta suma de imponderables que se llama una personalidad excepcional». ¹⁴

Una conclusión provisoria se nos impone en función de las consideracio-

nes anteriormente desarrolladas: las doctrinas pedagógicas ponen el acento, en muchas oportunidades, en la dimensión del dominio yoico y, por lo tanto, un enriquecimiento, no por ello complementario, de esas doctrinas podría consistir, siempre con el respeto necesario de los diversos campos de experiencia, en reconocer que las pulsiones no se domestican y que el inconciente es eficaz, de modo tal que este reconocimiento puede permitir establecer que una teoría pedagógica no puede calcular a priori los efectos de su metodología porque siempre se interpone entre esta última y sus resultados tanto el inconciente del pedagogo como el del educando, reconocimiento que es muchas veces más sustancial que lo que la teoría psicoanalítica podría «aportar» como saber e información.

Bibliografía

- 1) Sigmund Freud: *Zur Psychopathologie des Alltagslebens (Über Vergessen, Versprechen, Vergreifen, Aberglaube und Irrtum)*, Gesammelte Werke, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1968, Band IV, págs. 129-130.
- 2) Sigmund Freud: *Zur Einführung des Narzissmus*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1975, Band III, págs. 41-48
- 3) Sigmund Freud: *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1975, Band IV, págs. 49-50
- 4) Sigmund Freud: *Trieb und Triebchicksale*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1975, Band III., págs. 85-87
- 5) Jacques Lacan: *Le Séminaire III: Les psychoses*, Ed. du Seuil, Paris, 1981, pág. 95
- 6) Jacques Lacan: *El discurso de Baltimore, en Lacan oral*, Xavier Bóveda ediciones, Buenos Aires, 1983, página 176.
- 7) Jacques Lacan: *Le Séminaire VII: L'éthique de la psychanalyse*, Ed. du Seuil, Paris, 1986, págs. 17-19
- 8) Aristóteles: *Ética Nicomachea, The Ethics of Aristotle*, Ed. E. Grant, Londres, 1884.
- 9) Jacques Lacan: *Conferencia en Ginebra sobre el sintoma*, en *Intervenciones y textos 2*, Ed. Manantial, 1988, pág. 142.
- 10) Sigmund Freud: *Zeitgemässes über Krieg und Tod*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1975, Band IX, pág. 35.
- 11) Hannah Arendt: *Eichmann a Jerusalem*, Ed. Gallimard, Paris, 1981
- 12) Sigmund Freud: *Prólogo a August Aichhorn, Verwahrloste Jugend*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, Volumen XIX, pág. 297
- 13) Catherine Millot: *Freud anti-pédagogue*, Ed. du Seuil, Paris, 1979, pág. 155
- 14) Catherine Millot: *Freud anti-pédagogue*, Ed. du Seuil, Paris, 1979, pág. 159